



Es por la noche y estamos en (...), aunque, como sucede en todos mis sueños en que aparece aquella época, los barracones tan feos de la eléctrica están reemplazados por un edificio elegante, uno de esos edificios de gente rica que se ven en esas películas antiguas, en blanco y negro, de los años 40 y 50 que tanto me he aficionado a mirar últimamente. Pero el sueño es en color.

Digo que es (...) porque el ambiente es como de vacaciones, lúdico, como cuando después de cenar jugábamos en el comedor al *mudo*.

Esa noche nos has propuesto un juego que despierta no sé en qué consiste pero dormida sí, aunque mal; hay que averiguar algo que en el sueño doy por hecho saber qué es, aunque no la solución, y estoy esperando a que des unas pautas, o unas normas a seguir; y pienso que todos los demás se han precipitado porque han desaparecido, en sus habitaciones grandes y lujosas de aquella mansión de techos muy altos.

*Todos los demás* son las personas habituales de aquellos veranos. Y sé que mientras los pienso diciéndome que se han precipitado tengo en mente a Fernando Sotuela, por ejemplo, y a Ángel Casas, y puede que a Maria Luisa o a Maria Antonia; pero no los he visto, no he visto a nadie, ni siquiera a ti; pero es (...), y es por la noche, y estamos jugando, y yo sé aunque no os haya visto que estáis todos ahí.

Llaman a mi puerta y abro.

Es una niña, la única persona que sí veo en todo el sueño, como de ocho, o nueve años, con un vestidito blanco corto y el pelo muy oscuro y liso, recogido en una cola de caballo baja que va luego trenzada.

Aunque el vestido es blanco es normal. Quiero decir que no es uno de esos vestidos largos y vaporosos que dejan ver unos pies descalzos y dan a quien los lleva un aspecto fantasmal o irreal. No: la niña es una niña real, y actual, de carne y de hueso y sin ninguna peculiaridad que resaltar; y el vestido es blanco, sí, pero de un tejido perfectamente tangible aunque yo no lo toco.

Al abrir la puerta la niña parece muy excitada y con vehemencia y en tono exigente nada más me dice, o más bien me grita, “el dos de...” que no entiendo. No entiendo con palabras el final de la frase, pero sí qué quiere, porque señala

con gesto muy alterado y nervioso un lugar concreto en la página de un cuaderno que yo tengo en las manos no sé si ya cuando abrí la puerta o porque me lo ha entregado ella.

Entiendo que me está pidiendo ayuda para solucionar su juego, que yo no sé si es el mismo para todos y la gracia está en ser el primero en resolverlo o si es distinto para cada uno y no importa tardar más o menos.

Como es la única persona con quien puedo hablar quiero que me aclare si es que aún no has marcado las pautas, o dado la señal para que empecemos y todo el mundo se ha enterado bien de qué hay que hacer menos yo.

Pero en cuanto abro la boca ella se pone a gritar, no quiere oírme para nada que no sea la resolución de su problema que sigue repitiendo señalando sobre el cuaderno “el número 2 de...” algo que no entiendo.

–Espera... Pero...– sé que intento decirle.

Pero como no parece dispuesta a escucharme ni a ceder en su exigencia, me siento decepcionada, e irritada, y sin decir ni una palabra más cierro la puerta sin portazo.

Entonces miro el cuaderno que yo ya tenía o ella me puso en las manos y no es propiamente un cuaderno. Se parece más, mucho, a cualquier libro de matemáticas con problemas sencillos, tipo sumas y restas, para niños posiblemente de su edad; para niños de la edad de ella, la niña, quiero decir.

Es delgado, de pocas páginas, y está garabateado por distintas partes con esos garabatos que hacen los niños, con bolígrafo azul.

Aunque es delgado veo, porque está abierto, que la página de la izquierda es la 102 y, el 2 o puede que el 102 entero, está rodeado de un círculo hecho a mano, en bolígrafo azul. Pero la página de la derecha es la 109.

Mientras estoy considerando “faltan páginas”, y tratando de calibrar la importancia que pueda tener puesto que ignoro si en las que no están hay datos necesarios, y preguntándome si sólo me está sucediendo a mí y en mi cuaderno o sí es mío en realidad o es que la niña me lo dio, me despierto pensando – no sé si dormida o ya despierta – que para todos ellos algo sigue siendo como entonces, y que siguen teniendo en ti la misma fe que tenían; y que pero yo no.

A la niña no la conocía, ni dormida ni despierta; ni en el sueño ni fuera de él me recuerda a nadie, aunque dentro del sueño incorporo su presencia como previsible, o lógica, entendiendo que es de allí, del grupo.

30/07/2007